

Celebremos la Navidad con San Pablo

Muchos considerarán un poco extraño celebrar la Navidad con San Pablo. En Navidad estamos acostumbrados a José y María, los pastores o los Reyes Magos pero ¿San Pablo?

De San Pablo sabemos que ni siquiera conoció a Jesús personalmente: nunca formó parte del grupo de los apóstoles, y aunque sabemos que vio a Jesús de alguna forma mística (ver 1 Cor 9:1) y ciertamente escuchó su voz cuando se cayó rumbo a Damasco, nunca trató con Él como lo hicieron los demás apóstoles, porque fue llamado a ser discípulo y evangelizador después de la Ascensión del Señor.

Sin embargo, San Pablo es un excelente compañero de ruta para celebrar verdaderamente la Navidad como debemos celebrarla los cristianos.

La Navidad, en efecto, no es una fiesta principalmente para celebraciones externas. Toda la alegría y el entusiasmo que se expresa externamente en adornos, comida y regalos, debe



ARZOBISPO
JOSÉ H. GOMEZ

ser apenas la expresión de lo que realmente debe suceder en nuestros corazones: que ellos se conviertan en lugares donde el mismo Jesús nazca, para que transforme nuestras vidas tal como transformó la historia para siempre.

Un autor espiritual del siglo XVI, Alfonso Rodríguez, S.J. — homónimo de un santo también jesuita — solía decir que el Señor Jesús nació en una cueva de piedra, llena de paja y desperdicios, para hacernos saber que está dispuesto a nacer en cualquier corazón, por más duro y pecador que sea, mientras esté dispuesto a acogerlo sinceramente y a convertirse.

Y es aquí precisamente donde San Pablo se nos presenta como un perfecto compañero de ruta

hacia la Navidad.

San Pablo, en efecto, era consciente de su pequeñez, de haber sido elegido indignamente, y de haber sido convertido de pecador y perseguidor de cristianos en un elegido del Señor.

Pasajes llenos de auténtica humildad como estos abundan en sus numerosas cartas: “yo, menor que el más pequeño de entre los santos” (Ef 3:8); “En último término (Cristo) se me apareció también a mí, que soy como un aborto”. (1 Cor 15:8)

Y sin embargo, San Pablo vivió una transformación maravillosa, que nos revela que el verdadero heroísmo de San Pablo no radica tanto en sus audaces viajes evangelizadores y en el hecho de haber convertido más personas al cristianismo que los demás apóstoles.

Su verdadera grandeza es que logró convertirse él mismo en un perfecto seguidor del Señor Jesús, tal como él mismo lo describió: “Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús mi Señor, por quien perdí todas

las cosas y las tengo por basura para ganar a Cristo, y ser halado en Él, no con la justicia mía, que viene de la Ley, sino la que viene por la fe en Cristo, la justicia que viene de Dios, apoyada en la fe, y conocerle a Él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos...” (Flp 3:8-10)

Qué abismo entre el Saulo perseguidor de cristianos y este San Pablo abandonado completamente al amor de Dios!

Hermanos y Hermanas: esa es precisamente la meta a la que la Iglesia aspira cuando celebra la Navidad.

Que todos nos veamos convertidos en verdaderos amigos de Jesús, en discípulos entregados plenamente al niño Dios nacido en Belén, en las circunstancias más humildes que podamos imaginar, precisamente para invitarnos a la humildad.

No desperdiciemos las gracias que la Iglesia derrama sobre nosotros en este Año Paulino, convocado por el Papa Benedicto XVI precisamente para

recuperar la figura de San Pablo y dejarnos motivar, edificar y convertir por su testimonio.

No sin razón San Agustín, que leía y predicaba constantemente sobre las cartas de San Pablo, repetía a sus fieles: “*cor Paoli, con Christi*”, “el corazón de Pablo es el corazón de Cristo”.

Seguir las enseñanzas de San Pablo, especialmente a través de sus cartas, es pues un camino seguro para disponernos a recibir a Jesús.

Por eso, como nos ha sugerido el Papa Benedicto XVI, pidamos constantemente la intercesión de este gran santo de la Iglesia para que en nuestra vida, y en nuestra Navidad, se haga realidad en nosotros aquella hermosa frase de San Pablo que mejor describe la meta de su heroica conversión: “Vivo yo más no yo, es Cristo quien vive en mí”. (Gal 2:20)

De todo corazón deseo que en esta Navidad, nuestros corazones se conviertan en corazones como el de Pablo ... como el de Cristo.

¡Una feliz y santa Navidad!

¿Por que celebramos la Navidad?

“¡Despiértate, hombre: por ti, Dios se ha hecho hombre!” (S. Agustín, Serm., 185)

El mes de diciembre es un mes muy especial para todos los católicos. En él empieza el tiempo de Navidad en el que celebramos el nacimiento del niño Dios: celebramos el gran acontecimiento de Dios que se hizo uno de nosotros por nuestra salvación.

El verbo divino se hizo carne por amor a nosotros. ¡Es un tiempo litúrgico en el que recordamos que Dios cumple sus promesas! Nos prometió un salvador y “Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer ... para que recibiéramos la filiación adoptiva”. (Ga 4:45)

Celebramos el inmenso amor de Dios por cada uno de nosotros “porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él”. (Jn 3:16-17)

¡Sí, eso es la Navidad! Es la aceptación de que Dios se hizo cercano, viniendo a nosotros hace más de dos mil años en un pobre portal en Belén. ¡Sí! Dios, el creador del universo, se hizo frágil y pequeño; Su gloria divina se quedó oculta en ese pequeño Niño envuelto entre pañales. Pero también es la



ROSA
MERA

aceptación de que El irrumpe en nuestras vidas aquí y ahora.

¿Te has preguntado alguna vez qué significa en tu vida el hecho de que Dios se haya hecho hombre? Quiero compartir contigo un pequeño comentario de San Agustín: “¡Despiértate, hombre: por ti, Dios se ha hecho hombre! ¡Levántate, tú que duermes; levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará! (Ef 5:14)

Por ti, repito, Dios se hizo hombre. Estarías muerto para la eternidad si El no hubiera nacido en el tiempo. Nunca te podrías liberar de la carne de pecado si El no hubiese tomado la semejanza de la carne de pecado.

Una miseria inacabable te dominaría si no hubiera tenido lugar esta misericordia. No hubieses revivido si El no se hubiese asociado a tu muerte. Hubieses desfallecido si El no te hubiese socorrido. Hubieses perecido si El no hubiese venido”. (S. Agustín, Serm., 185) ¡Cómo no estar agradecidos con

Dios! ¡Cómo no tener el corazón lleno de alegría, de esperanza, de confianza en ese Dios que lo hizo todo por amor a nosotros! Como alguna vez dijo S.S. Papa Juan Pablo II: “Vale la pena ser hombre porque Dios se hizo hombre!” ¡Tal es nuestra dignidad!

¿Por qué Dios se hizo uno de nosotros? El Catecismo de la Iglesia Católica nos resume los motivos por los cuales Dios se hizo hombre: lo hizo para salvarnos, reconciliándonos con Dios.

Así lo dice San Juan: “El Padre envió a su Hijo para ser salvador del mundo”. (1 Jn 4:14) “El se manifestó para quitar los pecados”. (1 Jn 3:5) Lo hizo para que nosotros conociésemos así el amor de Dios que no se limita a crearnos, sino que viene para reconciliarnos con El: “En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de El”. (1 Jn 4:9)

Lo hizo también para ser nuestro modelo de santidad, pues se hizo hombre, igual en todo a nosotros menos en el pecado, para que siguiéndolo vivamos en plenitud Su vida y para hacernos “partícipes de la naturaleza divina”, pues al hacerse hombre, nos abre las puertas de acceso a la comunión divina, podemos ser hijos en el hijo y podemos vivir la comunión con Dios. (cf.

Catecismo de la Iglesia Católica, 457-460)

En el portal de Belén encontramos a María y a José, a los pastores y a los Reyes Magos, todos llenos de júbilo, admiración y adoración ante el nacimiento del reconciliador. De la misma forma, la presencia del Señor nos va llenando a nosotros de alegría, libertad y verdadero gozo al poder llegar a la estrella que nos guía hacia Belén.

Que este tiempo de Navidad sea para cada uno de nosotros un caminar hacia el portal de Belén.

Dispongamos nuestros corazones para encontrarnos con ese dulce niño que nos espera con los brazos abiertos para darnos su amor, su luz, su paz, y para llenar nuestras vidas con su presencia reconciliadora.

¡El quiere también nacer en nuestro corazón! Hagamos de ellos entonces un cálido pesebre donde él pueda nacer.

Pregúntate en oración esta semana: ¿Cómo quiero que el Dios-con-nosotros, Emmanuel, encuentre mi corazón esta Navidad? ¿Qué puedo hacer para que mi corazón sea también un pesebre donde acoger al niño Jesús?

ROSA MERA ES LA ASISTENTE A LA DIRECTORA de la Oficina de Evangelización y es miembro de la Fraternidad Mariana de la Reconciliación: www.fraternas.org.

